

Luchar y Amar

Isaac: el huérfano de padre

Anselm Grün



Isaac: el huérfano de padre

Isaac es el hijo del gran Abrahán. Los hijos de grandes hombres lo tienen siempre difícil. Con frecuencia son hombres que están en el escenario de la vida pública, no en casa. Sus hijos se sienten así huérfanos de padre. Leen en el periódico noticias sobre la relevancia de su padre. Pero en la familia lo experimentan como débil. Es ahí donde se hace patente su parte sombría. Cuando el padre encarna el arquetipo del peregrino, el hijo no encuentra en él ningún apoyo. Se ve obligado a buscar a menudo otro hogar. En lugar de emprender también él el camino, se refugia en normas o instituciones. Vive en su propia carne las sombras de su padre. Los huérfanos de padre buscan en la religión sobre todo seguridad y satisfacción de sus deseos infantiles por el paraíso perdido. Cuando yo contemplo a los jóvenes que acuden a nuestros cursos juveniles, entre ellos se encuentran muchos huérfanos. Vienen con el profundo deseo de encontrar definitivamente su hogar. Pero frecuentemente utilizan la religiosidad para huir de la realidad, y no para afrontarla y cambiarla. Se ven reflejados en la figura de Isaac. Isaac les permite también ver en sí mismos al hombre débil y encontrar un camino para desarrollar su propia identidad masculina. Los huérfanos de padre buscan hombres fuertes para poder apoyarse en ellos. Si consiguen dar con los hombres adecuados, encontrarán su camino. Ahora bien, si se dejan dominar por ellos, correrán detrás de un Gurú y se sentirán perdidos.

Isaac no es el más fuerte de los patriarcas. Palidece ante Abrahán y Jacob. Podemos imaginar la profunda herida que en él produjo la oculta agresividad de su padre, que casi le lleva a la muerte. La relación entre Abrahán e Isaac quedó enturbiada sin duda por aquel intento de sacrificio. Isaac se vio demasiado afectado para poder mantenerse después sobre sus propios pies. Se limitará a llevar una vida pasiva y sin fuerza¹. Los padres de la Iglesia pasaron por alto este aspecto y se dedicaron más bien a idealizar a Isaac. El habría estado de acuerdo con su sacrificio y sería un modelo para Jesús, al que el Padre sacrificó por nosotros. Pero la Biblia no conoce esta idealización. En ella se nos presenta a Isaac como un hombre que no sabe muy bien cuál es su verdadera identidad. Es un hombre profundamente marcado por su orfandad paterna. No experimentó nunca el apoyo que necesitaba para construir una clara y robusta identidad. Los hombres que, en su niñez, han tenido que vivir traumáticas experiencias de abandono, se amparan después normalmente en normas estrictas. Se hacen conservadores, se refugian en principios nítidos para compensar su miedo ante el abandono. Pero así se marginan de todo y se incapacitan para una auténtica relación.

Sigamos la Biblia. Isaac no va personalmente a buscar a su mujer. Su padre encarga a uno de sus criados que marche al país de sus padres con el fin de encontrar allá una mujer para Isaac. Trae a Rebeca para Isaac. Isaac «introdujo a Rebeca en su tienda, tomó a Rebeca, que pasó a ser su mujer, y él la amó. Así se consoló Isaac por la pérdida de su madre» (Gen 24,67). Isaac estaba claramente muy vinculado a su madre. Rebeca fue para él la sustitución de su madre. Esto es mortal para una auténtica relación entre hombre y mujer. Cuando el

¹ Cf P.M. Arnold, *Männliche Spiritualität. Der Weg Stärke*, Munich, 1991, 137

Luchar y Amar

Isaac: el huérfano de padre

Anselm Grün



hombre está todavía ligado a su madre, la relación con la mujer no puede resultar bien; la mujer morirá de hambre junto a él.

La historia de Isaac muestra que no hubo una verdadera relación entre él, su mujer y sus hijos. Rebeca dio a Isaac mellizos, Esaú y Jacob. Del vientre materno venía primero Esaú, pero Jacob lo agarró fuertemente de su talón. De aquí que recibiera el nombre de Jacob (= el que retiene por el talón). Esaú era rubio y cada vez más velludo. Fue un hombre montaraz, un cazador. Jacob, por el contrario, permanecía en la tienda. Isaac prefirió a Esaú; Rebeca, a Jacob. Esaú, por tanto, era el hijo del padre y Jacob el de la madre. La Biblia dice que Isaac quería a Esaú porque le gustaba la caza. En mi opinión, sin embargo, Esaú es la sombra de Isaac. Isaac amaba en su hijo su propia sombra, es decir, aquello que él mismo no se permitió vivir: lo salvaje, lo violento, lo indómito, lo fuerte y combativo. Rebeca, por el contrario, amaba a Jacob, el hijo astuto e intelectual. Amando a Jacob, ella participaba de sus habilidades, y utilizó a Jacob para lograr sus propósitos contra la voluntad de su marido.

No había, evidentemente, ninguna relación clara entre Isaac y Rebeca. Isaac se dejó llevar. Rebeca lo manipuló. Pero, cuando Isaac se vio obligado a marchar por razón de una hambruna a un país extranjero, a Guerar, actuó como antes lo había hecho su padre Abrahán. Hizo pasar a su mujer por su hermana, para que a él nada malo le sucediera. En público, Isaac dominaba sobre su mujer; en casa, sin embargo, era Rebeca la verdadera señora. Es lo que sucede con muchos hombres, que en público se imponen sobre sus gentiles mujeres, pero que en el hogar son dominados por ellas.

Isaac se hizo rico en Guerar, de forma que los filisteos le envidiaban y, por ello, le cegaron los pozos que había excavado su padre Abrahán. Es una forma de decir que Isaac no tuvo ya acceso a los pozos de su padre. El no pudo beber en la fuente del padre. El no tuvo parte en la fuerza del padre. Quizá su madre, Sara, había reprobado al padre y había impedido así al hijo identificarse con él. Conozco hijos que desdeñan a sus padres porque los ven solamente con los ojos turbios de la madre, que los consideran como un dechado de informalidad y de avidez sexual. Este rechazo del padre lleva al menosprecio de su propia masculinidad. Consiguientemente, la fuerza vital del padre no puede fluir dentro de él y termina por secarse.

Los criados de Isaac intentan abrir de nuevo los pozos cegados. Pero surgen entonces continuas luchas con los pastores de Guerar. Sólo cuando Isaac hace un pacto con Abimelec, el rey de los filisteos, pueden los criados abrir ya un pozo sin mediar conflictos sobre él. Isaac entra ahora en contacto con su propia fuente. La alianza con Abimelec muestra que ha conseguido reconciliarse con las fuerzas enemigas. Ha dado por sí mismo un paso adelante y ya no tiene que limitarse a vivir de la herencia del padre. Ha tomado en sus manos la propia vida, aunque haya sido a través de un pacto con el rey de los filisteos.

Cuando Isaac era ya anciano y la luz de sus ojos se había extinguido, encomienda a su hijo Esaú que le preparara un guiso de caza. Después le daría su bendición. Rebeca lo oye e introduce a Jacob en sus planes. Ella preparará el guiso y él se lo servirá al padre. Para que Isaac no pueda percibir el engaño, la madre reviste al hijo con pieles de cabrito, pues Esaú, a diferencia de Jacob, era velludo. Así, con la ayuda de la madre, Jacob, y no el primogénito Esaú, obtiene la bendición del padre. El padre aparece en esta escena de bendición del primogénito como una persona impotente. No es el señor de la casa. Contribuye simplemente a que se vean cumplidos los deseos de su mujer. Rebeca aconseja a su hijo que huya. Y de nuevo se las arregla para que Jacob emprenda el camino con la bendición de su padre Isaac y pueda solicitar la mano de la hija de su propio hermano Labán. Isaac pierde así a los dos hijos.

Luchar y Amar

Isaac: el huérfano de padre

Anselm Grün



Esaú se enoja contra él, porque ha dado preferencia y ha bendecido a su hermano: Jacob, por su parte, le abandona. Sólo poco antes de su muerte vuelven a casa los dos hermanos para dar juntos finalmente sepultura al padre.

Isaac repite la experiencia tenida con su padre. Sigue desempeñando el papel de víctima en el que su padre le había introducido. El no determina por sí mismo su vida, sino que se ve obligado a hacer lo que quiere su mujer. Pero, como víctima, también él se convierte en actor. Hierde a su hijo predilecto, Esaú, y con ello se hierde a sí mismo. Sus hijos se dispersan. No sólo Isaac ha sido sacrificado por Abrahán. Su madre había forzado igualmente al padre a expulsar a Ismael. Ismael es la sombra de Isaac. Con la expulsión del hermano, una parte de sí mismo se ve también expulsada. Isaac experimenta así un doble abandono: el que deriva de la expulsión de su hermano y el que entraña su propio sacrificio. Uno y otro se repiten ahora en la vida de Isaac. Sus hijos se dispersan, como se habían dispersado Isaac e Ismael, dando origen en la historia a la enemistad entre dos pueblos hermanos, los judíos y los árabes.

Isaac se ve obligado a recorrer un doloroso proceso de aprendizaje. Tiene que aprender a ser padre, dando seguridad a sus hijos, y no enfrentando al uno contra el otro. Tiene que aprender a vivir su propia vida. Sólo así se capacitará para bendecir a sus hijos. La Biblia no continúa describiendo este proceso de aprendizaje. Pero cuando Isaac muere colmado de años, allá están sus dos hijos reconciliados de nuevo y ambos le dan sepultura (Gen 35,29). En la reconciliación de los hijos queda simbolizado el final de paz en el que desemboca la vida de Isaac: la paz entre el joven huérfano y el hombre anciano.

Para mí, Isaac representa en cuanto huérfano de padre el arquetipo del huérfano, tal como lo describe Heribert Fishedick. El huérfano añora y anhela el paraíso perdido. Utiliza a su mujer como madre, que debe otorgarle ante todo seguridad. Es incapaz de una relación auténtica. Los huérfanos viven a gusto en un mundo lleno de ilusiones, un mundo que ellos mismos se construyen para vivir. Les resulta difícil afrontar la vida con sus conflictos, pues cada conflicto es amenazador, recordándoles que no están ya en el paraíso, sino que han sido desde hace tiempo expulsados de él. El huérfano necesita espacio para llorar y lamentar vigorosamente su destino². Los huérfanos esperan de los demás que les comprendan y que les transmitan el sentimiento de ser acogidos. Estas esperanzas son frecuentemente tan grandes que los demás se sienten abrumados. Así, pues, el huérfano tiene que aprender «a asumir el dolor y el sufrimiento de la realidad de la vida y a aceptar las muchas pequeñas muertes en la vida»³.

La espiritualidad del huérfano de padre está impregnada de un gran deseo de seguridad y liberación. Pero esta espiritualidad lleva con frecuencia rasgos infantiles. En lugar de afrontar la vida con sus conflictos, se espera de Dios la solución de todos los problemas. Se tiene así la propensión a rehusar y esquivar dolores. Dios es el que debe otorgar a uno inmediatamente paz y dicha. Este gran optimismo es, sin embargo, el reverso de una visión pesimista sobre uno mismo y sobre el mundo. Cierran los ojos ante lo depravado del mundo para recluirse en su mundo salvado. Los huérfanos de padre buscan al Gurú, que para ellos es un redentor intocable. Se construyen un mundo redimido, en el que se encuentran como en

² H. Fishedick, *Der Weg des Helden. Selbstwertung im Spiegel biblischer Bilder*, Munich 1992, 50

³ *Ib*, 70

Luchar y Amar

Isaac: el huérfano de padre

Anselm Grün



casa. Pero de ellos no brota fuerza alguna. Sólo cuando estos hombres huérfanos hagan frente al joven abandonado que llevan dentro de sí y desarrollen para él sentimientos paternos, puede quedar rota la cadena de un modelo de vida reprimida y las heridas pueden transformarse en verdaderas perlas. Los huérfanos que han sabido afrontar su abandono se convierten en buenos pastores de almas y en buenos terapeutas. Tienen una sensibilidad especial para los hombres abandonados y, lejos de caer en el error de transmitirles la seguridad que de ellos esperan, les muestran el camino de su propio corazón, en el que han de adentrarse por su propia cuenta.

Isaac es un modelo para los «blandengues» que sufren por su falta de energía. El hombre que se ve abandonado por su padre y que no encuentra ningún sustituto con el que él pueda desarrollar su propia identidad, se orienta en su comportamiento hacia las mujeres. Asume las normas de la mujer para su propia vida. También la sociedad se convierte para él en madre sustitua. En lugar de configurar él mismo a la sociedad, la utiliza simplemente como protectora para sus necesidades. Walter Hollstein piensa que, por razón de la abundancia de «blandengues», nuestra sociedad ha pasado a ser «inmasculina y pseudo-maternal, limitándose a garantizar protección, seguridad, empleo, reglas, control, vigilancia, tutela, compañía y entretenimiento en medidas absorbentes»⁴. Nuestro tiempo, sin embargo, necesita en sentido positivo los valores masculinos, como responsabilidad y espíritu emprendedor. En Isaac aparece con claridad que «el hombre sin masculinidad no tiene ya capacidad de atracción, ni siquiera para las mujeres»⁵. El hombre no puede evitar ser abandonado por su padre. Pero tiene que salir al paso de este abandono y asumir por sí solo responsabilidades. Tiene que aprender a estar bien consigo mismo, en lugar de hundirse cada vez más en la apatía y de renegar de su propia condición de hombre. Isaac es un estímulo para el hombre de hoy: es capaz de reconciliarse con su lesión y su desvalimiento interior, de sobreponerse al papel de víctima para convertirse -como lo hizo al final de su vida- en bendición para los demás.

Existen hoy muchos hombres huérfanos de padre. Sufren por no tener ningún padre que les dé seguridad. Están dispuestos a sacrificarse completamente por la empresa o por un grupo determinado. Pero ellos sacrifican también su propia fuerza. Les falta la energía masculina para gestar algo por sí mismos, para oponer resistencia a las tendencias de la sociedad. Como una abuela, todo lo atraen hacia sí. Los huérfanos de padre se refugian frecuentemente en el papel de víctimas. Se sienten víctimas de sus padres y víctimas de la sociedad. Se niegan a asumir responsabilidades para sí y para su vida. Pero cuando consiguen identificarse con su papel de víctimas, pasan también a ser actores. En lugar de cuidarse por sí mismos, utilizan a otros para satisfacer sus necesidades. Para poder entrar en contacto con su energía masculina, los huérfanos necesitan padres. Sólo entonces brotará de ellos bendición para la sociedad.

Sólo entonces configurarán ellos esta sociedad, en lugar de dejarse determinar por ella. Los huérfanos de padre se hieren una y otra vez a sí mismos. De esta forma, no disponen de la fuerza necesaria para implicarse en el mundo y desarrollar nuevas ideas. Les falta el valor para afrontar con gallardía los problemas. Se dirigen más bien por las expectativas de los

⁴ W. Hollstein. *Das neue Selbstverständnis der Männer*, en *Der Mann im Umbruch*, Olten 1989, 23

⁵ Ib, 24

Luchar y Amar

Isaac: el huérfano de padre

Anselm Grün

demás, para ser amados por el mayor número posible de personas. Nuestro tiempo necesita hombres que encarnen en la debida forma las energías paternas y que posean el coraje de ofrecer soluciones que realmente ayuden, aun cuando no encuentren siempre la aprobación deseada.

